

SERMON

DE SAN FÉLIX DE CANTALICIO.

(DE SANTANDER.)

Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis.

S. Mateo, c. 11. v. 25.

Cuanto mas se registran las obras de la adorable providencia del Señor en el establecimiento de su iglesia, tanto mejor se perciben en ellas unas divinas señales que desde luego distinguen la religion de Jesucristo de las opiniones y sectas de los hombres. Y á la verdad, carísimos, elegir los medios proporcionados para conseguir los fines que se pretenden, valerse de la fuerza para triunfar, de la elocuencia para persuadir, de la grandeza para confundir y de los deleites para corromper, es el primer plan de la prudencia de los hombres, en que nada se halla de admirable y prodigioso; pero que la flaqueza en manos de Dios haya sido mas poderosa que la mayor fuerza de los hombres, mas que la política del siglo de Augusto, que el lujo de Asia, la fuerza de los romanos, la sabiduría de los egipcios, la ferocidad de los bárbaros, la vanidad de los filósofos y las supersticiones de los pueblos; y finalmente, que todo lo grande, lo sabio, lo poderoso del mundo se deshaga y aniquile á la presencia de la rusticidad, flaqueza é ignorancia de doce pobres pecadores, esto es, señores, un asombro, es una maravilla, es un prodigio propio y peculiar de la mano del Omnipotente. Que Daniel fuese árbitro entre los jueces ancianos, Goliath degollado por un muchacho, Holoférnes, aquel impío conquista-

dor, fuese presa y despojo de una mujer, que Gedeon, Barac, Débora, Moises, personas flacas y despreciables, llegasen á ser el espanto de los enemigos de Israel, estas son obras, Dios mio, propias de vuestra mano, y dignas de que eternamente confesemos, que las escondisteis á los sabios y prudentes del mundo y las revelasteis á los párvulos y humildes. *Confiteor tibi Pater.* Grande se manifiesta vuestra providencia con vuestra iglesia en el cuidado que habeis tenido de ella, no solo en plantarla con unos medios tan admirables, sino en sostenerla y dilatarla venciendo las herejias, combatiendo la infidelidad y desterrando los vicios por medio de los excelentes doctores de que la habeis adornado. Vencisteis á Marcion por Tertuliano, á Pelagio por Agustino, á Vigilancio por Gerónimo, á Arrio por Atanasio, y á Nestorio por Cirilo: sujetasteis al bárbaro Atila por Leon, á Valentiniano y Justina por Ambrosio, y á Eudoxia por Crisóstomo: arruinasteis el gentilismo y la morisma por los Constantinos, Cárlos Magnos, Fernandos, Luises y Casimiros. Es verdad, Señor, que es grande el cuidado de vuestra providencia con la iglesia; pero aparece mayor cuando elegis para los mismos fines no doctores sabios, no grandes, no reyes ni emperadores, sino hombres rudos, ignorantes, sin nobleza y sin poder. Entónces si que os confesamos admirable cuando elegis á un Félix, lego capuchino, para las mayores obras de vuestra omnipotencia: cuando despreciando la nobleza elegis un Félix de humilde linaje, y despreciando las altas dignidades poneis los ojos en un Félix, que á lo pequeño de menor, añadió lo mínimo de lego. Este es aquel pobre levantado del polvo de la tierra hasta el solio de la gloria: este es aquel ignorante que por no conocer la literatura entró en las potencias del Señor: este aquel fraile simple que con su vida ejemplar confundió al hebreo, pasmó al gentil, convenció al hereje y avergonzó al mal cristiano: este es aquella nada prodigiosa puesta en las manos de Dios, que es el todo para el remedio en las calamidades, el alivio en los desconuelos, la conformidad en los trabajos, la humildad en las elevaciones y la sabiduría en las dudas. Ved aquí, señores, en pocas palabras el carácter del gran santo á quien tributamos estos cultos: san Félix es la nada, mirado á los ojos del mundo: san Félix es el todo, visto con los ojos de la fe. No extrañeis la idea, porque es la misma que el santo formó de sí mismo, cuando preguntándole lo que

había de ser, respondió: yo he de ser ó César, ó nada. Venid por tanto, pecadores, venid á oír á Félix que con su nada os desengañará de las falsas ideas que os da el mundo de un nacimiento ilustre, de la superioridad de talentos cultivados por las ciencias y de las mas brillantes dignidades: lo vereis en la primera parte. Justos, escuchad en el todo de Félix el heroico grado de virtud á que puede llegar una alma fiel á las impresiones de la divina gracia, para que os esforceis á corresponder á las misericordias del Señor: lo oireis en la segunda parte. Justos y pecadores, admirad las maravillas de la divina Providencia, y confesad su santo nombre; porque las oculta á los sabios y prudentes del mundo, y las revela y manifiesta á los pequeños.

Soberano Señor sacramentado, nunca como hoy parece debéis estar expuesto en esas aras á nuestra adoracion y culto, para aprobar la conducta de vuestro siervo Félix y confirmar la idea de mi sermón. Porque, ¿qué sois en ese altar, si os miramos con los ojos del mundo y con la vista de nuestros materiales sentidos? Nada ciertamente: ni en vos brilla la majestad de los reyes, la fuerza de los capitanes, la sabiduría de los doctores, ó las riquezas de los poderosos, ni en vos se descubre con los ojos del cuerpo la natural figura de los hombres. Nada de esto se ve en vos, y así nada á la verdad pareceis á los ojos del mundo; pero á los ojos de la fe, ¡ó gran Dios, y lo que sois! Sois un Dios eterno, infinito, inmenso, santo, soberano: sois el principio, el origen, la causa de todas las criaturas: una palabra vuestra es suficiente para criar los cielos y la tierra, una mirada vuestra hace estremecer las columnas del firmamento: un movimiento de vuestro omnipotente brazo trastorna los fundamentos de la tierra, muda los imperios, acaba con los reinos, derriba los ejércitos, sumerge las armadas, y aniquila la fuerza y sabiduría de los hombres. ¡O Señor, verdaderamente sois el todo á los ojos de la fe! Concededme, Dios mio, vuestra gracia para que proponga debidamente vuestra palabra á mis oyentes: concededlo así, Señor, por la intercesion de vuestra purísima Madre, á quien devotos saludamos diciendo con el ángel: *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

Todas las cosas que acá en el mundo nos parecen envidiables: todos los encantos que nos hacen perder de vista los bienes eternos: todos los objetos que engañan al entendimiento, que usurpan los respetos del corazón y constituyen el todo de la felicidad humana, son, cristianos míos muy amados, el resplandor del nacimiento, la estimacion que nos adquieren las ciencias y los talentos, el regalo que se sigue á los deleites, y finalmente la opulencia que acompaña á las grandezas y dignidades. Estas son las ocultas causas que hacen mover y obrar á los hijos de Adán. Á esto aspiran sus proyectos, sus movimientos, sus deseos y sus esperanzas. Un hombre adornado de estas aparentes prendas es el todo á los ojos del mundo: un hombre que carece de ellas es la nada á la vista de las gentes; y ved aquí ya á san Félix pura nada á los ojos del mundo, pues fué un hombre á quien no condecoraba lo ilustre del nacimiento, á quien no adornaban las ciencias, de quien estaban muy distantes los placeres, y que jamas ascendió á la altura de los grandes empleos y dignidades. Así lo vereis si me escucháis con atencion.

La nobleza de la sangre y la vanidad de las genealogías, es el error mas universalmente establecido entre los hombres. Todos saben que es un tronco mismo el origen de todas las familias, y un tronco inficionado, manchado y corrompido con el pecado. El bárbaro y el escita, el griego y el romano, el judío y el gentil, el moro y el cristiano, el esclavo y el libre, el noble y el plebeyo, el rey y el vasallo, subiendo de generacion en generacion hallarán descender todos por línea recta de un mismo padre. Todos encontrarán el barro por su origen y principio, y todos conocerán que lo que distingue los vasos, haciendo que unos sean vasos de ignominia y otros de honor, no es la masa de que han sido formados, sino la voluntad del alfarero que les dió el destino. Estas verdades eternas, no ménos olvidadas del mundo, que importantes para la salvacion, hizo prácticas el Señor con el nacimiento de Félix. Cantalicio, aldea pequeña situada á las faldas del Apenino, fué su cuna. Nada aparece en su nacimiento á los ojos del mundo, que no fuese oscuro y despreciable. Sus pobres y humildes padres no contaban en toda

su parentela grandes generales, príncipes ni emperadores por las armas; ni obispos, cardenales ó pontífices por las letras. Hijos de Adán, como todos los hombres, comían el pan con el sudor de su rostro, labrando con fatiga la tierra ingrata desde el primer pecado. Félix, señores, careció de un nacimiento ilustre segun la gloria mundana, pero tuvo por su cuna á la virtud, en la que constituyó su verdadera nobleza y segura felicidad. Acaso, ó Dios mio, un nacimiento mas distinguido le hubiera hecho inútil para el cumplimiento de vuestros designios y para el aumento de vuestra gloria. Porque á la verdad, carísimos, ¿qué cosa es un nacimiento ilustre? Es nacer un hombre destinado á seguir las modas, las costumbres, los errores, los abusos de su siglo: es un anticipado destino á la culpa y á la impenitencia, es un derecho para traspasar impunemente las leyes, y es muchas veces un pronóstico de reprobacion en los impenetrables y ocultos juicios de Dios. No os dejéis, señores, arrastrar de la corrupcion del siglo en que vivimos. Nada vemos en él mas frecuente que adornar muchos su nacimiento oscuro con un apellido ilustre, y recoger con afectacion las ruinas de aquellas familias antiguas que ya perecieron, para colocarlas sobre un nombre desconocido, que acaba de salir de lo ínfimo de la plebe. Seguid á vuestros padres, que no querían ser mas de lo que fueron cuando nacieron: ellos se contentaban con lo que les habia concedido la naturaleza, y no se avergonzaban de la sangre de sus mayores. Si hoy aparecen con el resplandor de títulos los que ayer se miraban envueltos en la oscuridad y tinieblas de su origen, vosotros, oyentes, imitad á Félix, colocando vuestra felicidad sobre la nada de esta grandeza humana, y sobre el todo de la virtud.

Las ciencias son el segundo escollo de los mortales, y por cuya adquisicion sudan y se fatigan los hombres, viajando reinos, cursando universidades, manejando libros, y pasando en las vigiliyas y desvelos de un penoso estudio lo mas florido y apreciable de la edad; y cuando despues de un afan inmenso se han adquirido una lijera tintura de algunas artes ó facultades, se tienen por oráculos, se estiman por unos hombres de otra especie, y forman su grandeza en el mundo sobre unos fundamentos tan poco sólidos. Porque á la verdad, cristianos oyentes, ¿qué es lo que sabe el hombre? ¿Sabe por ventura con cierta ciencia alguna cosa dentro ó fuera de sí mismo?

¿Sabe el hombre cómo su alma informa y vivifica al cuerpo, cómo le da vida y movimiento? ¿Sabe quién impele y hace circular su sangre? ¿Sabe cómo un mismo manjar hace crecer á un tiempo mismo proporcionalmente los huesos, las medulas, los nervios, las venas, los tendones, la carne, el cutis, el pellejo y las uñas, siendo cosas tan distintas en especie, magnitud, configuracion y solidez? ¿Entiende siquiera el hombre el principio, aumento y composicion de un solo cabello de su cabeza? ¡Ah, señores! ¿Qué es lo que el hombre sabe de sí mismo cuando el alma ama muchas cosas que él aborrece, y está aborreciendo otras que él mismo ama? El mismo anda pretendiendo acercarse á un término, y le está apartando de sí; y al mismo tiempo que le aparta, le solicita y pretende.... O Dios! ¡Y qué criatura tan incomprensible es el hombre! ¿Pensais acaso que fuera de sí mismo tenga el hombre mas segura ciencia? Nada ménos. Nada hallareis mas comun en todas las facultades que poner uno por sólidos é incontrastables principios, los que otro niega y tiene por delirios y extravagancias. Mas há de dos mil años que anda la verdad entre sistemas opuestos: cada uno pretende atraerla á su partido. El mundo está entregado á las disputas y opiniones de los hombres, y seria grande la ciencia del que supiese que nada sabia; pero la posesion de esta nada dichosa estaba reservada para ornamento de nuestro glorioso Félix. Hombre tan ignorante á los ojos del mundo, que ignoró hasta las primeras letras. Solo llegó al crístus de la cartilla, y de allí jamas supo pasar. ¿Qué quereis que haya aprendido un pobre labrador, decia el santo, criado en los bosques, guiando bueyes al pasto, creciendo entre los arados, zapas y azadones, sin dejarlos en todo el dia de la mano; y que despues de capuchino solo ha tratado las alforjas, los frascos y calabazas, y tal vez la azada en los trabajos propios de lego? Persuadió á que yo no conozco otra cosa que la santa cruz, y con su inteligencia deseo y procuro entender solamente seis letras, las cinco coloradas, y la una blanca; y si tuviese gracia de comprender estas letras perfectamente, no cederia esta sabiduría por la de los teólogos y maestros de primera clase. Y preguntándole ¿qué letras eran aquellas? Respondia (arrancando un profundo suspiro y vertiendo lágrimas): las cinco letras rojas son las cinco llagas de mi Salvador, y la letra blanca su santísima Madre: rogad por caridad á Jesus y María que me faciliten com-

prenderlas y conservarlas firmemente en mi corazón; pues para mí estas solas son bastantes, y no deseo saber otras doctrinas. ¡O ignorancia sabia de Félix, mas feliz que todos los sabios del mundo! Venid, venid hombres ilustrados é instruídos, venid á la escuela de Félix, que con seis letras solas enseñó todas las ciencias; y si no tomáis su lección, os quedareis con toda vuestra sabiduría envueltos en la mas culpable ignorancia. Y vosotros, gentes pobrecillas, no os desconsoléis por no saber leer, escribir, contar ni otras ciencias, tampoco Félix las sabia; pero las cinco llagas de Jesus y la amable persona de María santísima le servían de libro, el cual está igualmente patente para vosotros; solo resta que os apliqueis á meditar en Jesus y María, y que trabajéis como Félix por imitarlos: de esta suerte quedará confundida toda la sabiduría del mundo á presencia de la nada de vuestra ciencia.

Los placeres y deleites de los sentidos son el tercer tropiezo de los hombres; pero el mundo léjos de huirlos como tropiezo, aspira con ansia á conseguirlos. Los placeres forman la mayor parte de la felicidad del siglo. Á ellos se dedican las horas, los días y aun los años: para disfrutarlos se despoja á los mares de sus peces, á los vientos de sus aves y á los campos de sus flores, de sus frutos y animales. Las músicas, los juegos, las galas, las visitas, los bailes, las comedias, todo concurre á formar el ídolo brillante del placer, que logra casi tantos adoradores como individuos tiene el universo. Días tristes y melancólicos les parecen á los hombres cuantos no se emplean en la satisfacción de los sentidos; y solo aquel se tiene por dichoso, que no sabe lo que es padecer, y no ha experimentado la tribulación. Bien pudieran conocer su error, si atendieran á que al paso que los sentidos logran saciarse con estas exterioridades, padecen los corazones mil sustos, temores y sobresaltos; porque no son los deleites del sentido los que constituyen la felicidad del alma, ántes ella se lamenta viéndose sentenciada á padecer tantos grados de tormento cuantos haya permitido á sus sentidos de placer y de deleite. Bien pudieran entender los del mundo que el camino de la verdadera felicidad es el camino de la cruz, y que no es permitido á la criatura racional obrar sin algun fin honesto y virtuoso; pero estos útiles y santos conocimientos estaban reservados para nuestro Félix, que desde su juventud presentó al mundo un modelo de la mas rígida y austera peni-

tencia. No solo no constituyó su felicidad en los deleites y regalo de los sentidos, sino que les hizo una guerra tan viva y permanente, que duró hasta el último aliento de su vida. Aquellos santos rigores con que empezó á martirizar su inocente cuerpo en sus primeros años, perseveraron sin intermision hasta su mayor ancianidad. Su vestido en el siglo servía mas para cubrir su desnudez que para abrigar su cuerpo. Su hábito en la religion era el mas áspero, mas viejo y corto: su comida el ayuno, su cama unas toscas y desnudas tablas, su sueño las vigiliyas y su descanso las fatigas; sus ojos y oídos se hallaban siempre cerrados á todo lo temporal: sus piés descalzos enteramente para correr mas ligero por la mortificación: su cuerpo ceñido con un horrible cilicio, estaba acardenalado con varias y asperísimas disciplinas que tomaba cada noche; y finalmente en Félix nada se hallaba que tuviese visos de placer y de regalo. Desengañaos, delicadezas del mundo, que no consiste vuestra felicidad en conceder á vuestros sentidos los peligrosos gustos que les concedéis: imitad á Félix, que aunque inocente se mortifica por ser discípulo de aquel Señor que dijo: el que quisiere tenerme por maestro ha de negarse á sí mismo, tomar su cruz, y seguirme.

Las grandezas y dignidades son el último precipicio á que corren apresurados los hombres. Para conseguirlas dirigen sus pretensiones, ponen en movimiento todos los resortes de la amistad, del parentesco, de la conexión, del paisanaje, de la adulación y otras artes malignas ó indecorosas. Para conseguir las dignidades se inquieta á los grandes, se interesa á las señoras, se hacen regalos, presentes, obsequios y promesas. Se echa mano indistintamente del mas retirado monje y de la mujer mas pública. La consecucion del empleo es lo que se prefijan y á que aspiran, sean los medios los que fueren. Si es necesario ser humildes, se humillan: si es preciso servir, se esclavizan; y no reparan en ser pródigos si conocen ser el camino del regalo por donde se llega al favorable despacho de sus pretensiones. ¡Desdichado afán de los mortales! Porque á la verdad, señores míos, ¿qué son las dignidades mas eminentes y los empleos mas brillantes? Si quereis hablar de buena fe, os vereis precisados á confesar que son unas verdaderas cargas, y las mas veces insoportables é insufribles á los hombres que las pretenden. Ántes de conseguirlas se tiene por fe-